

Algunas notas que dan trabazón a un discurso sobre la belleza¹

por Alfonso Pérez de Laborda
Facultad de Teología San Dámaso — Madrid
www.apl.name

Me preguntan por lo sobrenatural. Sin mayores precisiones. Comenzaré por lo del natural. Debemos hacerlo por el uso tan repetido y epulón que de él se perpetra. Es uno de los conceptos claves de la modernidad progre. Se rechazaba, con razón, una ley natural antigua que, decían, deslindaba con excelsa claridad lo natural de lo contranatura en todos los campos del comportamiento humano. Curioso, ahora se ha vuelto a lo natural. No me refiero al cuidado de la naturaleza y los alimentos naturales. La naturaleza, mejor, la Naturaleza, es lo más conocido y el principio de todo lo que somos y, por supuesto, a ella, sólo a ella, se refiere todo lo que sabemos. Si fuera necesario, de ella se hará Dios, siguiendo la expresión espinosista de *Deus sive Natura*; como traducen sus epígonos materialistas de ayer y de hoy, que son legión: “Dios, es decir, la Naturaleza”. La Naturaleza es Dios. No habría Dios si este no fuera la Naturaleza. Y ya está. No hay que dar mayores vueltas a una cosa tan cierta y natural.

En tiempos, los que hablaban de la naturaleza en el sentido al que me refiero decían: todo es materia. Eran maravillosos materialistas. Había que reducirlo todo a pura materia. Consiguiéndolo, si llegaba el caso, se habrían resuelto todos los problemas. No se dieron cuenta de algo curioso por demás. Con la pura materia hacemos obras de arte. Incluso en la materia, pura materia de la pura naturaleza, reparamos en obras de arte, y así las llamamos. Entiendo que esto sería materia, sólo materia, pero ahí se nos ha abierto un portillo a la consideración de la belleza, la cual nos hace veedores de lo bello. Por él se nos podrían venir el alma y Dios.

Hoy todo es más sutil. No se hacen como antes afirmaciones generales. Con seráfica humildad se nos dice: todo es naturalizable, es decir, todo es estudiable hasta lo más profundo y será estudiado algún día por la ciencia. La ciencia tal como en cada momento se entienda, sin ideas demasiado preconcebidas; visto el pasado no podemos predecir cómo será el futuro de la ciencia. Luego, ahora sí, podemos decir con certeza las últimas líneas del segundo párrafo, pues no cabe portillo alguno: sería igualmente naturalizable.

Si lo natural es de esta manera, lo sobrenatural, simplemente, no es. A lo máximo sería eso que, de vez en cuando, tomándose de la mano en

¹ Ante la petición del editor de este libro sobre la belleza, José María Magaz, estas son páginas arrancadas de las series tercera y cuarta de mis *Paralipómenos*, que aparecen cada día en la web: <www.archimadrid/paralipomenos>.

corro de las patatas, hacen algunos en sus sacristías, cantando cansinos aleluyas. Lo cual, es obvio, también podrá ser naturalizado. Ni siquiera hace falta decir aquello tan fuerte de que somos materialistas. Se cierra así el portillo de la belleza.

Lo curioso de quienes defienden y con sus poderes mediatizan esta postura —el rico epulón y sus hijos, nosotros y entre nosotros, de cuya mesa caen las migajas que ni siquiera queremos dar a Lázaro—, es que en sus medios, pienso en una de las nuevas cadenas de televisión, si zapateas por entre ella verás con inaudita frecuencia espantosas series que tienen una particularidad: en todas aparecen sobrenaturalidades. Misteriosas luces fluorescentes; gentes que vienen de un no sé dónde o van hacia algún recóndito lugarejo. En fin, seguramente habrá especialistas mejores que yo en estos bodrios. Bazofia de sobrenaturalidades que se parece como una gota de agua a otra gota de agua a las melindrosidades rosáceas y almibaradas de aquellos pringosos sentimientos que esos mismos medios, o sus hermanos clonados, nos transmiten para que bajemos la cerviz.

¿Lo haremos? ¡Guárdenos nuestra ardiente libertad!

En mis maneras propias de ver no me suele gustar hablar de sobrenatural. Por una razón sencilla: se nos da en lo natural, sin que, por supuesto, se vacíe en él. Se nos da ahí porque este contiene el hiato, el exceso, la imposible-posibilidad, sin los que no seríamos lo que somos ni tampoco el mundo, y nada digamos de la realidad. Todo ello está transido de Dios, no fuera más que porque el mundo es creación y tanto las cosas mundanales como nosotros mismos, cuerpo de hombre/cuerpo de mujer, en su identidad-dual, somos sus criaturas; otro tanto acontecería con la realidad en lo que tiene que ver con la corporalidad que nosotros construimos. Pero hay más. Mucho más.

Miradas las cosas desde una filosofía de la carne —entiendo que haya gente a la que no le interese llegar hasta estos vericuetos complejos, pero ese no es el problema; sí, en cambio, que se pueda enunciar razonablemente su falsedad—, en lo que toca a nosotros nos encontramos en esos esenciales mirar más allá que son constitutivos de lo que somos, pues retroductivamente estiran de nosotros para que seamos como ese más-allá nos indica. Todo este camino tan complejo, lo sabemos, nos señala un punto Ω en el que el ser en completud nos dona nuestro ser en plenitud. Si las cosas son así, es claro que, por decirlo de una manera sencilla y ajustada, la finalidad última y conformadora de lo que somos se nos ofrece en ese punto Ω . Pero hay más, pues en esa filosofía hemos descubierto la calidad de ofrecimiento de belleza que tiene la materia en su propio ser, tan alejada del mero materialismo, que nos apunta a un constitutivo propio de lo que somos, pues somos seres materiales, posibilitante de eso que somos, por tanto, coadyuvante en nuestras posibilidades retroductivas que nos conducen hacia el punto Ω . Hasta el caso de que sin ella, la humilde materia, no podríamos ser lo que somos;

sin ella no habría cuerpo, no sería carne. Con razón habrá que tomar muy en consideración lo de que la creación puramente material es el primer regalo que el Creador nos hace. Sin el hiato y el exceso, la materia, si se la convierte en mera materia, no lleva sino al puro materialismo. Ahora bien, esto sólo puede darse cuando a la materia se le ha arrancado su preciosa e indispensable relación con la belleza.

He hablado de exceso, de chorro de libertad; por tanto, de la imposible-posibilidad. No podemos limitarnos a los posibles, pues nuestras realidades los exceden por entero. La realidad del mismo mundo, primero, que se nos va en sus extremos grados de libertad más allá de todo lo que quiere circunscribirla, si es que quiere hacerlo no en un poquitín, sino por entero. La realidad de nuestro cuerpo de hombre/cuerpo de mujer, en una sola palabra, de nuestra carne, que, por más que sólo fuera en una pizca, excede el cuerpo mineral y el cuerpo animal. Pero una pizca que hace de nosotros lo que somos; que hace posible lo que diríamos imposible. Que da al ser de lo que cada uno de nosotros somos una complejidad similar a la del entero universo. Creadores de corporalidades que desafían toda clasificación reductora. Pues hasta nuestras propias corporalidades, que nosotros construimos con nuestras manos, modelando la materia, adquieren capacidades insospechadas por sus creadores. Ellas se nos constituyen en acciones de belleza. Portillos por los que nosotros accedemos a la belleza; que abren espacios en nuestra vida para que nuestras líneas de universo converjan en un punto de más-allá por demás sobresaliente, pues punto que estira de nosotros para irnos constituyendo en lo que, porque hemos de ser, ya desde ahora vamos siendo. Todo esto que aventuro tiene que ver con la analogía de un ser que se nos dice de muchas maneras, todas ellas descubridoras de ámbitos creativos nuevos, diferentes, más empeñados, más cercanos a la belleza. Una belleza que, estando en definitiva siempre más-allá, estira de nosotros en nuestro acá que se convierte ya en un allá de promesas y de esperanza.

Sólo en el ámbito de la analogía del ser se nos ofrece esa sorpresa decisiva: la de ver cómo incluso nuestras corporalidades, las que nosotros construimos para ofrecernos un conjunto de realidades, pues somos animal de realidades, nos señala *una realidad*, realidad de belleza, que se nos ofrece y se nos dona. Una realidad a la que convergen esas líneas de universo que marcan nuestra acción de futuro hacia ese punto de más-allá, punto Ω lo suelo llamar, que estira de nosotros, haciendo que nuestras realidades se empasten y se acompasen a una realidad, realidad de belleza, que en su estirar dándonos un ir siendo que aspira con firme esperanza a nuestro ser en plenitud. En ese punto Ω , en definitiva, resplandece quien es acto de ser, el ser en completud.

Es entonces cuando el pensamiento se nos abre. Ahí, como decía, el conocimiento, la razón que ordena dando su huella más profunda a la

tríada deseo, imaginación y razón, se nos ofrece desde una realidad donada. Este pensamiento, esta razón, es el logos, claro.

De otra manera el pensamiento se cierra sobre sí, en la carcasa, y todo ser queda reducido por nuestro pensar a ente unívoco, reducible, naturalizable. Se acabó, pues, la creatividad. No una creatividad ordenada y teledirigida; pero sí la creatividad que se desborda en la creación de belleza partiendo de la humilde materia. Y, más aún, la creatividad que es el regalo que el Creador del mundo nos ofrece. El mundo es así don y regalo, nuestro primer regalo. Está ahí en lo que él es, no en aquello a lo que nosotros nos empeñamos en reducirlo. Materia, humilde materia, y, sin embargo, explosión de creatividad que nos muestra su belleza. Una belleza puesta ahí, si vale decir así, para nosotros, para que nosotros también aprendamos a construir nuestras corporalidades mirando a la belleza. A ir haciendo que nuestro ser en plenitud alcance en el resplandor de la esperanza la fuerza entera de la belleza.

Estaría de acuerdo con Víctor Tirado cuando dice que la belleza es subjetiva; pero comprendiéndolo en mis maneras. La belleza es siempre percibida por un alguien. Yo no hablaría de sujeto, o hablaría bien poco de él. Cuestión esencial de la belleza es ser percibida. Decir que es subjetiva y que no hay belleza objetiva es meterse en líos monumentales sobre sujeto-objeto que, en mi opinión, nada significan. No hay obra de arte sin veedor. Por supuesto que tampoco la hay sin artista, y, si llega el caso, como en la música, sin intérprete. Sin veedor que contempla la obra de arte no hay belleza, pues la belleza es el acto de creatividad del artista que la creatividad del veedor recrea.

Si me tocara platicar sobre la belleza hablaría de creatividad. La belleza se genera en el acto de la creatividad. Y la creatividad es doble —o triple, si necesitamos a un intérprete—, la del artista y la del veedor. No es que comenzara disertando de creatividad, sino que me encontraría con la belleza hablando de la creatividad. Donde no hay creatividad, acción de creatividad, no hay belleza. Por eso, la repetición, la copia, no es fuente de belleza, o, si lo fuera, lo sería como duplicado que expresa o adelanta un recuerdo. Sólo se da la belleza en la creatividad; porque únicamente se da en la obra de arte. Ahora me convierto en un materialista osado. La obra de arte es obra material; modelación del barro de la materia. Primero por el artista, y luego, también, esto es esencial para comprender la belleza, en el veedor. La obra de arte es cosa bien material. Y porque cosa bien material, se adentra en mí y provoca mi propia creatividad, tan distinta de la del artista, pero tan real.

Hablándome de las esculturas clásica que trajo Velázquez para el Alcázar, me dice Pablo Cárceles algo muy hermoso: mi experiencia estética desborda inmediatamente lo humano para llevarme a lo divino; y añade que esas esculturas griega parecen belleza encarnada. Lo primero habla de la fuerza inmensa de la creatividad, la cual, al pasar del artista, a través de la obra material, claro, al veedor, genera en él una fuerza

incontenible de creatividad, hasta el punto que sólo se le ocurre hablar de algo divino. Hay, pues, una tríada: artista, materia, veedor; si acaso también intérprete. Ahí, en el juego de esta nueva tríada se da ese inmenso chorro de creatividad que fascina en la creación de belleza. No hay belleza sin artista que modela la materia en su obra y que recibo generando en mí el grito de admiración, por el poder que ella suscita en mí: grito racional, grito afectuoso, grito de deseo inacabable, grito de extensión infinita de la imaginación. Así pues, me parece, la belleza no se da en el pequeño y estéril juego de lo objetivo y lo subjetivo, sujeto-objeto, sino en ese ámbito de la creatividad, tan compleja, tan abrasadora. Por eso, tan divina.

¿Y hay algún artista tan creativo, tan productor de obras de arte como el Creador del mundo y de la carne?

A esto sólo añado que también la materia es creativa.

Asun Hinojosa me señala algo que había olvidado en aquella mi brevísima intervención tras la conferencia sobre la belleza de Víctor Tirado. Aunque era cosa obvia por demás. Añadí en lo hablado, pero no en lo escrito, me hace notar, que la creatividad es un don de Dios. Entiende que esto es importante para la dicotomía subjetivo-objetivo, ¿se podría decir, quizás, me escribe, que si se percibe es subjetiva y, si no, se puede quedar en belleza objetiva?, pues aunque a uno no le diga nada, lo creado por el artista está ahí, para él es una obra, una creatividad suya, aunque, termina, puede darse que en este caso haya creatividad, pero no belleza.

Porque la creatividad es un don de Dios, la obra de su creatividad es creadora de belleza, la belleza del mundo, de la materia, de la realidad. Mas, si es verdad que la belleza debe tener su veedor de la obra de arte que ha sido creada por el artista, para que, en esa confrontación deslumbradora, surja la belleza en acción, y no meramente en pura virtualidad, en mera invitación en el vacío como un ignoto brindis al sol, la belleza de la creatividad de Dios, del Dios creador del mundo, del cuerpo de hombre y de la realidad, debe tener su veedor. Y sólo nosotros, carne, carne veedora de belleza, podemos serlo. De esta manera, somos parte esencial de la creatividad de belleza de Dios, en cuanto que somos uno de sus estadios, el más perfecto, seguramente, y, además, el que es capaz de sentirla de, como cosa suya, hacerla resplandecer. Los leones no contemplan la belleza del mundo. Nosotros, sí. No contemplan la belleza de su acción. Nosotros, sí. No crean belleza ninguna para sí, en su autorreflexión contempladora y en su capacidad sorprendente de acción. Nosotros, sí. No contemplan y promueven las realidades que crean con su acción. Nosotros, sí.

Decir que la belleza de la creación es cosa bien objetiva, sería poco, incluso, llegando hasta el final, sería una falsedad meramente ideológica, pues esa obra de belleza necesita del veedor. Necesita su inmenso refocile cuando la contempla, cuando corretea por entre ella en esa vida de

plenitud libertaria y creadora de libertad. Cosas tan raras no le acontece al león ni a la galaxia ni a la ley de gravitación universal. Para que ello acontezca, para que haya veedor, sin el que, en definitiva, no hay obra de belleza plena, ni siquiera la obra de la creación, se necesita de nuestro ser autorreflexivo, contemplador y accionario. La obra de la creación, por tanto, ha sido creada para que nosotros la compartamos, la admiremos y seamos co-creadores. La obra de la creación se hace belleza cuando el veedor, nosotros, se convierte en co-creador. También nosotros tenemos esa inmensa capacidad de creatividad de lo bello. Una capacidad consciente. No somos, como tampoco lo es el creador, ningún creador, máquinas productoras de obras objetivas de belleza. Sin nuestro ser veedor, lo que es tan puramente esencial en nuestro mismo ser, no hay belleza, pues no hay creatividad capaz de ver y crear obras de belleza. Así acontece que nuestro ser en plenitud tiene tanto que ver con nuestro ser veedores y creadores de obras de arte.

Además, en ese emparejamiento entre creador y concreador es donde se da el punto maravilloso de sutura en donde las obras que hacemos, nuestras corporalidades, creación de realidades asombrosas, se aúnan, de modo que esas realidades, nuestro constructo, se conjugan ya en la realidad que tiene al mismo Dios creador como fundamento. Pasamos así de las realidades a la realidad.

Sigo rumiando la belleza. Nunca demasiado lejos del cine. Hace años mil que no voy a las películas porque planteen problemas serios y filosóficos. ¿Alguna vez lo hice? Claro que no. Nunca, gracias a Dios. Siempre me han provocado terrible horripilancia películas como las de Stanley Kramer. Películas de tesis; mera basura ideológica blandengue. Siempre me he sentido arrastrado por la acción de la belleza, desde aquellas películas del oeste o de aventuras que veíamos en el colegio los jueves por la tarde y luego en el cine Actualidades o en el Filarmónica. El arrebató, eso es lo que ellas me enseñaron. Arrebató de la escucha, cuando, el H. Azcue, nos leía en clase la caverna de los suspiros, con los lejanos gemidos y lamentos que de ella procedían. Arrebató de los espacios de enorme cabalgadura, polvorosos y llenos de intensa emoción liberadora. Arrebató de los oscuros pasillos y de las puertas en las que aparecía la figura rebozada en su capa, ocultando la cara con el brazo, con mano de alacrán, mientras una voz tenebrosa decía: el Saitán está aquí. Luego, mucho después, vino el arrebató de Orson Welles y de Elia Kazan. Más tarde el grandioso arrebató de los *Cahiers du Cinéma*. ¿Cómo, pues, podría ir por la vida viendo el cine, la literatura o el arte en general con ojos de bestia buscadora de tesis y de problemas filosóficos? Por favor, debemos decir a los artistas: suscitad en nosotros ese frenesí artístico que estire de nosotros con su acción para, concreadores con vosotros, dejarnos arrebatados en el ámbito de la belleza.

En todo caso, y esto para mí es decisivo, nunca voy a las películas porque plantean problemas, sino porque suscitan en mí la concreatividad

que me arrebatara en la belleza. Rara vez una obra de arte me suscita un “problema” filosófico. Puede que luego me encuentre con él, pero ha debido conquistarme haciéndose conmigo antes, mucho antes, para que me interese ese captamiento filosófico. Recuerdo con horror las películas de tesis, construidas en torno a un problema axiomático. Nunca me han interesado esas tesis perentorias. El cine es arte y el arte tiene que ver con la belleza. Luego, *ahí* está todo, porque todo está en lo que somos. Dejarme que lo diga de una vez, en nuestra visión hasta la filosofía se mueve en el ámbito de la belleza. Nunca en el desarrollo de tesis. Eso es mera ideología, nunca filosofía.

Permitidme que, por lo que pudiera venir, y dejándome llevar de nuevo por el puro arrebatado, introduzca en este debate tan importante una nueva línea de pensamiento plagada de aventuras.

¿El hombre culmen de toda la creación? Sí y no. No en cuanto que sea el mejor ‘superviviente’ de todos los seres del universo. Dicen que cuando ya no haya hombres sobre la tierra, sí habrá ratas e insectos, y mientras haya tiempo habrá galaxias en los cielos. Desde ese punto de vista, estos animales y esas cosas mundanales son más perfectos que nosotros. Pero hay un punto de vista mucho más interesante, que no es el de la mera supervivencia, sino el de la posibilidad de comprensión del mundo y de acción sobre él. Ahí está el principio antrópico. Más aún, está lo tan decisivo de la captación y construcción de la belleza. El ser los testigos de la belleza en el mundo y en las cosas mundanales. El ser constructores de realidad. Ya veis, todo un mundo paralipoménico. El arrebatado tiene que ver con nuestro lugar de existencia en el mundo; con lo que somos en el hondón más profundo de nuestros fundamentos mismos.

Ante la moral dialógica parece mucho más interesante, finalmente, el viejo Kant con su teoría del deber; este se puede mostrar de una misma manera al pobre y al rico profesor. Es una llamada a la conciencia de cada uno, que, estando en mí, en uno y en otro, tiene que ver, es obvio, con una religión. El magnánimo diálogo, en cambio, parece querer construirse sólo en la razón dialogante, pero ¿dónde se apoya esta?, ¿en el saber de quien más capacidades tiene de razonamiento, de quien ve las cosas con amplia panorámica de seguridades dialogales, siempre el epulón?, ¿en ningún sitio?, ¿en algún mero consenso de los poderosos? ¿No deberá la moral de comportamientos apoyarse en la ética, intrincada parte de una filosofía del todo? No veo otra manera.

Pero descendamos de estos vértigos llenos de provocación. ¿Qué me ofrecía el otro diálogo, el de mi profesor en preuniversitario? Era un puro diálogo de mostración: fíjate, esto que te señalo, te enseño, te propongo, vale la pena. Es algo maravilloso para ti hoy y, no digamos, mañana. Por ahí encontrarás líneas de ser que te plenificarán; que ahora mismo te están plenificando. En ellas eres más ya desde ahora. Provocarán en ti el deseo maravilloso de ser más. Eres tú el dueño y señor de hacerte

corredor de esas líneas de universo, líneas de tu comportamiento actual y futuro. Te llevarán a lugares de belleza y de ser que te merecerán la pena en profundidad. Te señalo un mundo nuevo. Te ayudo a adentrarte en él, si quieres, en cuanto que lo quieras, dejándote siempre la libertad de volver a tu carnet de socio del Atleti. Provoco tu libertad, pues serás tú mismo quien se adentre en esos valores que te presento para que, haciéndose contigo a través de la belleza de su propio ser, seas tú mismo quien transites a galopadas por tales caminos. Una vez que te he inducido, ya no podré seguirte. Más aún, quizá mis caminos van a ser otros que los tuyos; pero he tenido la inmensa suerte de abrirte sus puertas, de hacértelos ver en su grandeza. Grandeza que sólo tú has de aquilatar y sólo tú has de decidir si seguirlos y de qué manera. Nada te impongo. Te propongo y te hago ver la belleza de su ser, que te irá llevando hacia la belleza de tu propio ser en plenitud.

¿No hay, pues, una diferencia esencial entre ambas maneras? Prefiero la de los valores. Para mi propia estupefacción se me puso delante, ¡bendito sea quien lo hizo!, una manera de ser más bella, más llena, mas entrañada; capaz de infinitos ayuntamientos. Fue un momento decisivo en eso que llamo la imposible-posibilidad. Lo repito, bendito sea quien me adentró en esos valores: la música, la literatura, el cine, el diálogo de amistad, mi propia vocación. En una palabra: la libertad. De nada me hizo deber, sino gusto inmenso. No me constriñó, sino antes al contrario, amplió mis grados de libertad. Me hizo otro, ser libre, buscador de plenitudes. Consiguí de mí que este mi ir siendo ansíe de su ser en plenitud. No me unció, sino que me dio infinitas posibilidades que de otro modo hubieran sido imposibles, las cuales alentaron mi libertad. Hasta un cierto punto, todo lo que soy apuntó entonces. No porque nada se me impusiera, sino porque se me abrieron caminos, mostrándome el gusto y la belleza. Mostrándome, finalmente, mi propia manera de ser. ¿Esto era todo? No, por supuesto, pero me hizo ver que mi destino era la libertad, qué digo era, es mi libertad. En esbozo se me dio la posibilidad de serlo todo, mejor, de ser lo que voy siendo.

Un amigo me pregunta algo curioso por demás. Si en la definición de música es posible considerar el silencio. En cuanto he leído este párrafo de su carta, al punto me han venido a la memoria los impresionantes silencios que se dan en las sinfonías de Bruckner, antes o después de salvajes tutis de la orquesta entera a todo pulmón, si es que el director que las toca no ha tenido la infamia de hacerlos desaparecer, como suele acontecer. Son silencios profundos, que llegan al hondón de nosotros los veedores, es decir, los escuchantes. Silencios que se hacen con nosotros para siempre. Silencios arrebatadores en su belleza. Silencios que hablan de Dios. Que llevan a él. ¿De qué otra manera podrían ser silencios constitutivos de la misma definición de música?

Me pregunta también por la función que la música cumple en la sociedad. ¿Tiene caso, me dice con un precioso mejicanismo, hacer

música? Pero le rearguyo, ¿podrías tú vivir sin la música?, ¿podría vivir la sociedad sin música?, ¿ha existido alguna sociedad sin música? Las tres preguntas sólo se pueden responde con una rotunda negativa. Incluso cuando uno va por la calle paseando, despreocupado de todo, sin siquiera darse cuenta va tarareando no se sabe qué. La madre canta nanas a su hijito que le llegan hasta lugar tan escondido que van construyendo su propio ser. Y cuando faltan esas nanas, el niño, la niña, crece en profunda carencia de humanidad. Es asombroso lo que estos días sale a la luz pública, las orquestas venezolanas de niños y adolescentes, muchas veces procedentes de poblaciones peor que pobres y abandonadas de la sociedad, en número casi infinito, además, que tocan como las mejores del mundo. Se le da un violín a un niño o a una niña en un contexto comunitario de comprensión y de cariño, y todo cambia. Gustavo Dudamel es uno de los directores de orquesta hijos de ese movimiento impresionante.

Maravilloso, no es el caso de dar la tabarra para explicar la música a los niños, como algunos malhadados nos espetan una y otra vez, utilizando, supongo, cuantiosos dineros públicos que, me temo, para nada van a servir, sino el de poner un violín en sus manos. Cuando es así, aunque el hecho de haberles mostrado el valor de escuchar esta música sea ya cosa muy importante —como tuve la suerte que hicieran conmigo, poniendo un valor en mi vida que la ha marcado para siempre—, cuánto más es poner, quizá junto al ordenador, un violín en sus manos. No clases innecesarias y mortales de utilización de ordenadores y de violines, que rompen de aburrimiento al más pintado dejándole inservible para siempre, sino el hecho de poner el violín en sus manos, dándole el contexto en que eso sirva para hacerse más, mejor. Eso es un valor inusitado.

Mi amigo pianista me dice que no le basta con escuchar la interpretación que otros hacen de Bach o Chopin, Liszt, Schubert. Busca la suya, pues ha hecho cosa muy propia la música de estos autores. Con su creatividad se ha convertido en intérprete; no sólo veedor, sino intérprete de la belleza. Ahora esa música le sale a él del alma. Así pues, escuchador y, a la vez, creador de belleza. Más aún, se va a ir convirtiendo él mismo en autor de nueva música, porque habrá devenido compositor. Veedor, como oidor que es, intérprete, compositor. En sus tres maneras, creador de belleza. Pues quien oye recrea dentro de sí la belleza de lo escuchado; es concreador de esa belleza. Intérprete, pues la belleza estática de la partitura pasa por él para hacerse belleza dinámica; no sólo belleza virtual, sino belleza leída e interpretada. Por último, componiendo crea nueva belleza primigenia que otros deberán convertir en belleza interpretada y, más allá, nosotros los veedores convertiremos en belleza concreada en la escucha atenta y apasionada.

Señalar y ayudar a la grandeza de la concreación de belleza es algo importante por demás. Mi amigo el profesor de música debe acompañar a

sus alumnos en esa concreción. Mostrarles un valor que ellos pueden hacer suyo con su ayuda; un valor de su propia autorrealización que configurará sus líneas de universo en ese ser más que él les propone. Supongo, además, que para hacer pasar a sus alumnos de veedores de la belleza, en su caso de oidores, a intérpretes de ella deberá exponerles difíciles maneras de técnica musical en las que sus alumnos se sumergirán para ser no sólo creadores de belleza como veedores, sino puros creadores de belleza en ese paso impalpable de lo virtual, que quedó mostrado sobre el papel pautado, a sonido musical. Porque lo que se oye es la concreción del intérprete, a cuyo través el papel pautado con sus signos cabalísticos se hace música.

¿Qué es la música? El conjunto sonoro de las tres concreciones. Incluso la del músico es concreción, pues sin el intérprete y el oidor no tiene existencia de realidad. Él es, sin ninguna duda, el creador, pero sin la concreción de intérprete y de veedor lo suyo no tiene sino existencia todavía virtual. Por eso, también el intérprete y el veedor —siempre lo digo así, porque veedor de belleza— participan, junto a él, en la creación musical. ¿Es acaso el orden de los sonidos simplemente? Claro que no. También aquí se da un complejo juego de creación y concreción de compositor, de intérprete y de veedor, con las sutiles interferencias que se dan entre ellos y su conjunto de corporalidades societarias, históricas, de maneras y modas; sin ellas no se crea tampoco aquí la belleza. Además, por supuesto, de todo el juego de corporalidades antecedentes que hacen real esta nueva corporalidad que es la misma música. Conjunción de la nuda materialidad de sonidos que llega hasta el más-allá de la belleza.

En mi filosofía de la carne hago este distingo en tríada: mundo, cuerpo de hombre/cuerpo de mujer, realidad. Nosotros somos constructores de corporalidades: este ordenador, las recetas de cocina, las constituciones, los relojes, la técnica, obras de arte, etc. Ellas son realidades nuestras, no meros seres mundanales. Han pasado por nosotros. Nosotros las hemos construido, por más que, es evidente, con materia mundanal: textura de tela, marco, aceites, pigmentos extendidos con pincel y espátula. El conjunto de estas realidades, junto al mundo, es decir, todo lo mundanal, y nosotros mismos, definiendo que tiene fundamento en lo que llamo realidad. No un desperdigamiento de realidades y pigmentos, sino que ese conjunto está conformado en una realidad que se nos da: tal es el *paso* de la obra de arte a la contemplación de la belleza.

¿Dónde se dan las leyes, las leyes científicas? El mundo, sin nuestras realidades construidas, sería suficiente en el caso de que el hombre, el cuerpo de hombre, no existiera. Pero existiendo el cuerpo de hombre es necesario hablar de una realidad.

El realismo afirmaríala posibilidad del conocimiento del mundo y la existencia de leyes de su funcionamiento sin depender para nada de nosotros, pues existían como tales antes de que nosotros estuviéramos

sobre él. Ver las cosas así me parece comprometido, y no necesario para decirse realista.

El conocimiento del mundo por nosotros es un hecho. El que nosotros imputamos al mundo leyes de funcionamiento es igualmente un hecho. Hacemos ambas cosas en la actividad de nuestra razón práctica. Los animales, no; al menos con la incidencia acertante que es la nuestra. Ellos ni tienen conocimiento general del mundo, el suyo es más bien un conocimiento ligado a su estricta supervivencia y reproducción, así pues, retenido por sus instintos, ni le imputan leyes generales de funcionamiento. Su conocimiento del mundo es meramente adecuado a sus instintos. Para nosotros, en cambio, el acto del conocimiento y de la imputación no está constreñido por nuestros instintos, es libre. Está ligado de modo intrínseco a los nuevos grados de libertad que genera nuestra inconmensurable creatividad. En nuestro enfrentamiento creativo con el mundo forjamos preguntas y respuestas que generan conocimiento, a la vez que nos llevan a imputar al mundo leyes de funcionamiento. Veremos que por esto, finalmente, somos realistas.

La cuestión esencial me parece no estar en la existencia de mundo antes de nuestra disposición en él y que las leyes de su funcionamiento sean objetivas, tengan existencia objetiva fuera de nosotros como sujetos, o cosa del estilo, sino en que desde nosotros mismo, y en un acto supremo de libertad creativa, nos enfrentamos con el mundo para conocerlo, buscando finalmente conjeturar sus leyes de funcionamiento. Varias veces he dicho que no me siento inclinado a emplear ninguna de estas tres categorías filosóficas: existencia, objetividad, subjetualidad. Nada existe sin más, ni siquiera Dios, sino que me topo con ello, me enfrento con ello, lo mensuro, me pregunto por ello, busco sus relaciones con lo demás, con el todo y conmigo mismo. Los marco en un ámbito de belleza. El conocimiento es cosa esencialmente mía, y yo no soy un arcángel que ve al mundo —y a Dios— desde alturas de sublime objetividad.

Significa, pues, que nuestras habladurías de aquellas cuatro internalidades que se dan en el momento de la creación: espacio, tiempo, ‘geometría’ y legalidad, nos van dando el ser del mundo y de las cosas mundanales. Pero nos lo dan en nuestra acción racional de la razón práctica: razón sopesante, cuajada tanto de prudencia como de imprudencias, buscadora de verdades, libérrima, concienzuda, dialogante, humilde, soberbia, quizá. Acción tan esencialmente ligada, claro es, a lo que llamo el juego de las carnes, empeñada en deseos y esperanzas, en caminar hacia más allá. Lo sabemos bien. Y en donde, esto es esencial, se nos da ese *paso* morrocotudo de la pura materialidad de las cosas mundanales, de lo que es pura y nuda materia, al reino de la belleza que vislumbramos en más allá que reductivamente —perdonad el palabro que suelo utilizar como si fuera agua clara— nos hacen converger a ese más-allá —punto Ω — en el que convergen en su mejoramiento nuestras líneas de universo y en el que se nos da el ser en plenitud. A través del

paso por ese portillo encontramos también nuestro hablar sobre el mundo y sus cuatro internalidades; no antes. Sin el paso que recorre arriba y abajo ese portillo nuestra razón no es *logos*.

Por esto, precisamente por esto, no hay un ámbito de meras objetividades en el que estudiamos las cosas del mundo y encontramos, sin más, sus leyes de funcionamiento. En sus nimias pequeñeces, por importantes que sean, seguro que sí, en sus líneas maestras y en sus comportamientos generales es donde se produce el problema, inmenso problema. Las cosas no nos son demasiado fáciles; ni siquiera en la ciencia. La de la facilidad de las objetividades —del principio de objetividad— sería la visión del arcángel, que revolea por encima del mundo y de nosotros, dándose y dándonos indicaciones sobre si acertamos en lo que venimos a decir de lo mundanal. Pero no nos ha sido dada esa posición. Nosotros estamos pringados hasta los tuétanos en el sanguinolento ser de todo lo mundanal; no digamos si se trata del teñimiento sangrante de la carne y de nuestras construcciones de corporalidades, tan ligadas a eso que somos, mejor, a eso que vamos siendo; dejamos nuestras huellas —huellas llenas de nuestro unto— en todo lo que decimos de lo mundanal, de nosotros mismos y de las realidades que construimos. El principio antrópico es la percepción de esta sanguinolencia, de este juego de humores en el que se da nuestro ser. Pero ¿cómo lo olvidaríamos?, ahí, precisamente ahí, en esto que somos es donde se nos da el conocimiento y la acción. Ahí, precisamente ahí es desde donde salimos en busca de la verdad. Porque ahí, precisamente ahí, se nos da nuestro ser de creatividad infinita. Ahí nos adentramos más allá por el portillo de la belleza.

Por eso, cuando Simone de Beauvoir se desentendía brutalmente de los humores y jugos que destilan de nosotros y de nuestras pasiones, negaba nuestro propio ser, y de ahí ya todo se podía afirmar, aunque resultara, es obvio, que nada tuviera que ver con nosotros, pues se trataba de mera ideología, una ideología que, para colmo, ella creía feminista, y así lo predicó por el mundo entero con no poco éxito. Ni nuestro cuerpo es seco ni nuestra razón es seca. Esa sequedad sólo produce obra de muerte. Que nada tiene que ver con la belleza.

Realizado el bucle entero, ¿podríamos decir que nuestro ser partiendo en busca de la verdad sólo se encontrará con el medio ser de la mera relatividad, que, finalmente, digamos lo que queramos está muy bien, pues no podemos alcanzar la verdad? ¿Es nuestra vida, simplemente, ese vulgar engaño? ¿Cómo podría serlo cuando vivimos inmersos en la belleza?

El cine ha supuesto desde siempre, para mí, la apertura al camino de la metafísica. Me habría los senos de ese deleite que ablanda los sentidos y los sentimientos. Una práctica deleitosa en la que pronto quedó claro que algo en la experiencia personal iba mucho más allá de la escueta y severa búsqueda de la verdad. No porque la verdad sea sucinta y severa,

sino porque si se reducía la usanza en la que se anda en su busca, terminaba por ser una búsqueda canija de una verdad demasiado pequeña. Demasiado pequeña, pues teníamos como algo claro y luminoso que la experiencia, sin negar esta, era mucho más. Iba mucho más allá. E iba mucho más allá porque nosotros somos en nuestra experiencia mucho más que esa entecura que se muestra empedernida. Sin ella la física no se nos abría a la metafísica. Pero con ella, aceptando su práctica como parte esencial de lo que es nuestra experiencia global, la real, la no reducida ni llevada desde meros reduccionismos, el discurrir del pensamiento ampliaba su base hasta reventar de gozo y alegría. Pero no sólo del pensamiento, sino la carnalidad de lo que somos. Esta, la carne, adquiriría así una realidad extremadamente amplia. La experiencia de la belleza, nos arranca de un mero pensar puro, abriéndonos a la experiencia del ser. Esto es pura metafísica. Y la metafísica nos pone delante de la belleza.

Lo que digo denota una manera de entender el arte y de cómo alguien puede ayudarnos a entrar en él. Lo traemos de antiguo: el arte es la religión del sentimiento. No de las palabras explicativas y contadoras de ñoñeces que en nada lo tocan y con nada de él se mojan. Sólo se puede hablar de arte cuando las palabras que uno pronuncia son bellas, si quieres con belleza satánica, pero que le toman a uno por dentro debido a ser bellas. De igual manera, sólo se puede escribir sobre el arte con palabras bellas, que al lector, después de ese que las ha escrito, le suscitan anhelo de belleza y melancolía, pues en el centro de sus mismas internalidades le toma por entero, suscitando en esa su misma centralidad nostalgia de adentrarse más y más en el camino de belleza que la obra de arte nos muestra cuando la contemplamos; melancolía razonable y justa, es decir, melancolía de Dios.

Por eso, cuando uno se limita a contarte la historieta de una película, creyendo que ahí está el no va más de ella —bueno, si hace de sus palabras relato de belleza, entonces el contar la película no es sino ocasión de su propia obra de arte: sus palabras—, simplemente, es un coploso o una coplosa, según, ambos redomados. En nada ayuda ese recalentado contar a que el escuchador —el veedor solemos decir de manera general— se adentre en el mundo de lo bello y haga suyo lo que esa película le entraña. Quien me cuenta la película, quien me habla de ella con afán de mostrarme la belleza de lo que ha percibido, tiene que ir al pormenor: mira ese gesto que denota hartura de corazón, percibe con cuidado ese color, ese matiz —los blancos, negros y grises de las películas del cine negro de los años cuarenta del pasado siglo—, ese encuadre, ese movimiento de cámara, esa evolución de los actores o de las cosas, pues te están mostrando sentimientos, miedos, odios, alegrías, ternuras inusitadas, angustias, amor de pureza, deseo desenfrenado, que entran hasta tu mismo corazón. Te están mostrando en su mundo, tu mundo y el mundo entero. Debería decir realidad. Así, se hace carne de tu carne. El cuidadoso en enseñarte detalles y explicarte movimientos, abre a quien lo

escucha un mundo entero de belleza, pues le señala los más allá del mero contar la historieta de la película.

Cuando, para no ser hilo musical, en donde las piezas se endilgan una detrás de otra como analíticas perlas que se enlazan en un hilo, se substituye la cuidadosa y difícil tarea de enseñar cómo escuchar la música, aprender a ver en sus entrañas mismas, abrir los oídos al discurrir de la belleza que nos transmite, que se nos pone delante, de modo que pequeños gestos ayuden al escuchador a convertirse en veedor, en actor de esa escucha, en hacerla entraña misma de mis entrañas que dilata lo que soy, no puede venir una voz mandataria —en la radio de voz se trata— para endilgarme todo lo que se le ocurra al margen de la música que, quizá, por fin, me deja oír tras su inacabable parloteo. Y no puede hacer eso, porque so capa de pedagogo, es un verdadero malandrín que no me hace oír sino sus meras palabras charloteras plagadas de sus vanas e inmisericordes ocurrencias, cuando no, simplemente, chismorrear sus bocanadas de vacío, con una subterránea labor ideológica de adoctrinamiento de lo que es sólo suyo, de su pequeño yo, impidiendo persistentemente mi existencia de veedor.

Porque nos conformamos en la belleza podemos decir que tenemos alma, y esta conformación a la belleza viene provocada y producida en eso que somos, carne. En esta confluencia es cuando podemos hablar de alma. La contemplación de la belleza nos calienta con un calor que empapa el muñón de nuestras alas de las que habla Platón y ese mirar en un chorreo de belleza hace que se esponje el tallo y echen a nacer desde la raíz misma del alma, con lo que bullen, escuecen, cosquillean las nacientes alas. Estas misteriosas palabras escribía hace algún tiempo.

La centralidad misma de lo que somos, y lo somos desde que tenemos ser, por más que sea sólo todavía ser en disposición —nosotros la tenemos, los chimpancés no, las galaxias tampoco— que deba irse abriendo en plenitud en el discurrir de nuestra temporalidad carnal —no coincidente, como sabemos, con el tiempo de los relojeros suizos—, está conformada por la belleza. No somos seres de meros mecanicismos materiales; de sola materialidad física ni animal, aunque sepamos que también ellos están transidos de belleza, que somos concreadores de esa creación, por tanto capaces de percibir el arrebató de belleza que los constituye igualmente a ellos y nos gana por entero. La belleza conforma lo que somos. El alma es esa conformación de lo que somos nosotros, seres capaces de ese ámbito inaudito de la belleza. Coherentes con la belleza. No un añadido que, luego, puede venir a nosotros. Al contrario, prestando en nuestras mismas internalidades a esa disposición por la belleza que dona la coherencia misma de lo que somos. Somos lo que somos. ¿Desde cuando? Desde que tenemos la disposición a serlo. No es, pues, algo que aprendemos cuando nos hacemos seres más complejos, sea a las semanas de nuestra vida embrionaria sea cuando llegamos a la edad de la razón. No, se trata de algo que conforma lo que somos desde el

mismo comienzo de nuestro ser, el cual nunca se reduce al ser de un chimpancé ni de una galaxia. Aun en el caso de la disconformación y la enfermedad podremos saber que no somos, por así decir, feto de chimpancé o de galaxia. Hay ahí algo decisivo, por tanto, en eso que somos.

Debo aún volver a lo que decía antes de que también los animales y las estrellas están transidas de belleza. Mas lo están de modo muy distinto al nuestro. Ellos lo están por intermedio de nosotros. Nosotros somos los que descubrimos y nombramos su belleza, la vemos y la disfrutamos como sus concreadores. Y esto es así porque el mundo es creación. Por eso todo lo creado está munificado de belleza, como nosotros. Pero el resto de seres de lo creado, sin embargo, no están como nosotros transidos de belleza, desde ella, pues no tienen alma como la nuestra. Porque a ellos no les pueden crecer los muñones que se van convirtiendo en las alas de las que habla Platón; tal es sólo cosa nuestra. De cierto, tienen algo almal: pueden dejar acoger en sí mismos las conformidades de belleza que en ellos entrevemos al contemplarlos.

Mas ¿en qué compadece todo esto con la pregunta sobre el mal? Un primer algo aparece claro como el día que amanece resplandeciente: fuera de esta contextura no puede hablarse del problema ni de la realidad del mal —ni tampoco de la belleza. Pues el mal es algo que, para sorpresa nuestra, nace ahí, cuando se deshace esa coherencia y la conformación con la belleza retiembla y, combándose, se esconde hasta, quizá, desaparecer.

¿Será decir: el mal se da en seres con pulmones, luego hablemos del bazo? No, de ningún modo. El ser de lo que somos se nos da como tal ser en la coherencia de la belleza, en la conformación que ella provoca, produciéndolo. Lo cual significa algo decisivo: lo nuestro es el mejoramiento, aunque, por supuesto, pues somos libres, esencialmente libres —esa es la fuerza de la conformación por la belleza que nos produce, sin ella no se puede pensar que seamos el ser que somos—, la libertad es el nicho y la huella de nuestra centralidad. Somos coherentes con el mejoramiento.

Tomemos ahora otra serie de pensamientos. Hablaremos de líneas de universo. No se trata de líneas de comportamiento temporal del universo material, físico. Se trata, en mi uso, también de algo nuestro, esencialmente nuestro. Son líneas de comportamiento de nuestra propia temporalidad carnal, que se producen en lo que suelo llamar nuestra conjunción de carnes. Hay líneas —flechas si preferís— que desde nuestra carne enmemoriada van hacia nuestra carne maramatizada, generando en esa conjunción nuestra carne hablante, pues somos palabra, que marcan dirección hacia ese más-allá que llamo punto Ω . Lo sabemos. Siendo las cosas así, él es *punto atractor* de lo que somos en plenitud. Se nos da en él, en nuestro ir hacia él, en el ser atraídos desde él, configurando nuestro deseo arrollador que marca las trazas por las que queremos dirigirnos para llegar a él, para conseguir como cosa nuestra, y muy nuestra, ese ser

en plenitud que se nos dona en él. Por eso, toda nuestra labor libre y deseativa de lo que somos tiende hacia ese punto. No es cosa nuestra, no es el final de lo que deberíamos ser, sino el punto atractor que provoca nuestros más profundos deseos, en el que encontramos que nuestra libertad se hace por completo libre. Lugar en el que se nos ofrece como donación lo que somos. Lo que desde el mismo comienzo de nuestro ir siendo se nos dio en la coherencia conformadora de la belleza.

Nuestras líneas de universo, en camino de mejoramiento, por tanto, señalan un haz convergente, un cono que tiende hacia su vértice — exterior a nosotros—, el punto Ω que estira de nosotros. ¿Por qué mejoramiento? Porque todo nos lleva a pensar que el deseo de nuestra libertad se plenifica en él, en el camino de esa convergencia que en él termina, que él señala. La conformación por la coherencia de la belleza no es algo que se nos ofrece sólo en el comienzo, en los orígenes; nos acompaña siempre en todo el desarrollo, tan complejo, de nuestro ir siendo hacia ese punto de convergencia: la historia de nuestra vida. Punto de suma belleza, por tanto. Punto desiderativo de lo que seremos en plenitud.

Mas ¿no somos también capaces de mejoramiento? Claro, ¡y de qué manera! La convergencia desiderativa hacia aquel punto no se nos exige, no somos seres predeterminados para ir necesitadamente hacia ese punto de convergencia, el punto Ω , ni nada nos obliga al mejoramiento ontológico u óptico, considéralo como quieras. Pues somos libres y en nuestras líneas de universo nos sentimos excitados por otros caminos, otras convergencias hacia otros puntos atractores. Somos libres con libertad ontológica u óptica, considérala como quieras, de tomar nuestras propias líneas de universo, aunque de mejoramiento, de dejarnos subyugar por otros puntos atractores.

¿Por qué contrapongo el punto atractor Ω con los demás puntos atractores? De él digo algo sorprendente, y lo confirmo por medio de toda una antropología y de toda una metafísica: ese es el punto de convergencia de nuestra naturaleza. Nuestras líneas de universo, las que configuran nuestra vida, son estiradas desde ese punto. Es él quien con suave suasión estira de nosotros para alcanzarnos nuestro ser en plenitud. Es él el punto al que tiende todo el conjunto de acciones de nuestro mejoramiento. En él, por tanto, plenificamos lo que somos. Nuestra vida es una línea que se dibuja en su belleza desde que tomamos ser hasta que allá, en él, converge todo lo que somos. Nuestra vida se plenifica desde él y en él. Suave suasión digo, pues acontece algo sorprendente. El suyo es un estiramiento que protege nuestra libertad y cuenta con ella; estiramiento que se dibuja en su belleza. La libertad se nos da así como la imposible-posibilidad de plenificar nuestra naturaleza en la convergencia de todo lo que somos hacia ese punto atractor. Puede pensarse que si hay suasión de estiramiento desde él, hay privanza de libertad. Pero creo que no es así. Volveremos sobre ello. La nuestra, si se me permite decirlo así,

es suasión de enamoramiento; enamoramiento de belleza. Ese punto atractor al que converge todo lo que somos nos enamora. Por eso, corremos en libertad hacia él. Hasta el punto de que la libertad se nos da en ese mismos correr. Correr de amejoramiento. Correr de plenificación. Nada ni nadie nos obliga. Pero todo nos empuja con suave suasión. Nos empuja nuestro deseo, nuestra imaginación, nuestra razón, pues sabemos que ahí, en él, se nos dona la plenitud real de lo que somos. Y lo sabemos, ahora sí, con saber-de-ciencia. Un saber de libertad. Mas un saber de plenitud.

¿Eso es todo? No, claro. Porque podemos soñar con otros puntos de convergencia, otros puntos atractores que nos proporcionen otros lugares de convergencia. Porque quizá pensemos que yendo hacia ellos nos dejamos de cualquier suasión que inhabilita nuestra libertad rompedora; de cualquier estiramiento que coarta nuestro puro ser libre. Y elegimos otros puntos atractores. Incluso, quizá, ahora este y después aquel otro. A nuestra conveniencia. Según nuestro puro gusto. Siguiendo el buen albur de lo que nos da la real gana. Pensando que así no estaremos empujados por nada ni por nadie y que viviremos nuestra vida en entera y segura libertad. Que así seremos como dioses, tal como nos relatan esas páginas asombrosas con las que comienza la Biblia. Desde este momento, el punto atractor Ω tiene, evidentemente, nuestra enemiga. Punto de obligaciones, de coacciones, de falta de libertad. Viviremos, pues, en la borrachera de nuevos y atrayentes puntos atractores. Parecerá que sólo hay uno que nos está vedado. Nuestra naturaleza, ahora, no es sino la libertad. La libertad tal como parecemos quererla.

Mas ¿es verdad que somos nosotros quienes inventamos esos puntos atractores que nos alejan e impiden la cercanía del punto Ω ? ¿Todo ese proceso es sólo cosa nuestra, nada tiene que ver con la cuestión de la belleza? ¿Somos los dueños de él? ¿Es verdad que en ese proceso somos libres por entero sin ninguna suasión que estire de nosotros para llevarnos hacia ellos? Me temo que no, y *ahí* está el problema del mal. ¿Anida el mal en nuestro corazón y por eso nos dejamos suadir por esos puntos atractores diferentes a Ω ? ¿O acaso el mal está en esos puntos desviadores de nuestra verdadera naturaleza, haciéndose con nosotros con violenta suasión para conducirnos a otros lugares que desembocan en la nada? Las páginas primeras de la Biblia relatan ese proceso tan sutil. Siendo así, nuestra acción, ahora, lo es de apeoramiento, es decir, de pérdida de la belleza que nos corresponde en nuestro ser en plenitud.

La belleza es cosa bien objetiva, dicen algunos. Unos, porque no pueden resistir que eso que ellos dicen que es bello, sólo lo sea porque lo dicen. Otros, al estar encandilados con esa doctrina de los universales del ser, han aprendido muy bien cómo uno de ellos es la belleza, la cual está, por tanto, íntimamente ligada con todo aquello que es. Luego, tanto para los unos como para los otros, la belleza es cosa bien objetiva.

Siempre lo he dicho, también en torno a estos menesteres de la belleza, hacer la dicotomía objetivo/subjetivo, meternos en cuchicheos sobre objetividad/subjetividad, no es arte de una filosofía de la carne. Por tanto, no son herramienta filosófica decisiva. Tratando de la belleza se ve de manera esplendorosa. Aunque se diera que todavía no convenza a ninguno de mis oyentes en clase. Estos al menos me lo dicen. Vosotros, los veedores de mis cronicones, calláis todavía. A lo más que puede ayudar una dicotomía como esta es para hacer un primer somero deslinde de nuestros decires. Nunca, creo, nos adentrará en la profundidad de la consideración de la belleza.

Cuando contemplo algo bello se me remueven las carnes. Las rodillas me tiemblan. Algo nace en mí que me rehace lo que soy. La contemplación de lo bello es una experiencia mía y muy mía. Algo grande para mí. Tras ella, soy distinto, otro. Soy más. Ese yo del que hablo, es obvio, eres también tú. Podrás decirme, sí, claro, pero estás hablando de una experiencia tuya y de una contemplación tuya; no estás hablando de la belleza en sí. Y al punto se me plantea una pregunta picajosa. ¿Dónde, cómo, quién habla de la belleza en sí misma, de la belleza objetiva? No veo dónde puede surgir la exclamación de asombro, puro grito: qué belleza, si no es de ti o de mí. Miro alrededor y sólo te encuentro a ti y a mí; sólo tú y yo estamos ahí para poder proferirla. Si oigo esa voz, debe ser la tuya o la mía. Ninguna otra. A no ser la de Dios —¿y también la de los ángeles?—, pero esta consideración la dejamos para más adelante, sabiendo, en todo caso, que no somos vicedioses, sino puros yoes de carne sanguinolenta y húmeda. Puede acontecer que la misma materia sea bella, es cierto, veremos al final que lo es, y de qué manera, pero, de nuevo, esa es exclamación nuestra, tuya o mía, o de Dios que afirma la belleza de su obra, pero, repito de nuevo, esta última consideración podrá venir, si llegáramos a ella, después, mucho después. Porque la materia bella, si lo es, no exclama: qué bella soy. Esa exclamación sólo es o tuya o mía.

Luego la belleza es subjetiva, os empeñaréis algunos. No. ¿Será subjetivo el mundo? El proceso de conocimiento y de exclamación ante él es parejo. Esto no nos lleva a decir: el mundo es subjetivo o, todavía peor, nosotros producimos el mundo con nuestro pensar. Se ve, pues, espero, que adentrarse en estos vericuetos con el cazamariposas de lo objetivo/subjetivo es muy poco provocante. Entiendo que, como algunos matemáticos hacen tras los Poincaré, podríamos considerar que «la intuición temporal del dos-uno —de un ahora que ya ha pasado, y que se repite constantemente—, es la intuición central de la matemática», la cual crea los números uno y dos, y, con idéntico proceso, todos los números ordinales finitos, desde el más pequeño hasta el mayor de todos. Uy, desgraciado, me espetáis, explicas lo sencillo con lo complejo e ininteligible. Labor de filósofo, por pequeño que sea.

Debería proseguir con lo de la belleza, pero antes de ello volveremos a la cuestión del mal. Porque en la metáfora del diábolo puede

darse un malentendido. Por un lado están nuestras líneas de universo que convergen al punto Ω ; punto de belleza extrema. Parte de él un espacio infinito, si lo atravesáramos, que nos adentraría —¿podremos?, ¿podríamos?— en lo superior del diábolo. Ese es el ámbito de Dios. Mas, por otro lado, estaban los demás puntos de convergencia, a los que también hemos calificados de quién; tampoco para ellos nos ha bastado con en mero qué. Pero, atravesándolos, qué digo, ¿podríamos atravesarlos?, ¿desembocan en algún otro ámbito que, como lo he calificado, sería el de la nada? Si fuera así, deberíamos poner diábolos torcidos, con la parte superior que se ancla en cada uno de esos otros puntos atractores. Pero, si así fuera, se daría existencia real a la nada. Habría allá arriba, en las partes superiores de cada uno de los diábolos, el espacio o ámbito de Dios y el espacio o ámbito del mal, en el que este sería señor.

Todo lo que vamos pensando, sin embargo, nos lleva a ver que no es así. Dijimos que el punto Ω es punto de convergencia de lo que somos por naturaleza —avergüenza repetirlo una vez más, pero, para no confundirlo todo, debes entender naturaleza a mis maneras—, que se nos da en quien tiene realidad en sí, por nada alguna de nuestras virtualidades. Con realidad de ser en completud. Acto de ser que nos dona el ser; que da el ser de todo ser. Ninguno es un ser que no tenga en él principio y fundamento. Pero, entendiendo lo que vengo diciendo de modo atrabiliario, podría pensarse que los otros puntos atractores son, en su ámbito, seres en completud que allá nos dan otro ser en plenitud. No, precisamente allá lo que se nos da es un ser faltante, un ser que se cierra a su plenitud; que se empotra en un punto atractor en el que no encuentra salida alguna; que a ningún lugar le conduce, como no sea a embutirse en sí mismo y en quien le atrajo a ese punto. Punto de aplastamiento final, de perdición de sí, en el que la naturaleza del ser en plenitud que se nos ofrecía se nos convierte en desmochamiento de ser, en mero no-ser, siendo ser en mera defectividad. No punto de arribada plena, sino punto de encerrona, de pérdida de la libertad de ir, estirado desde él, hacia el punto en el que se nos da nuestro propio ser natural. Punto, pues, de antinaturalidades para nosotros. Punto fuera de ida belleza. Punto en el que quedamos abocados a la negrura de quien nos dejamos atraer. La negrura del mal. Si queréis, la negrura del malo.

Caminos, por tanto, sin salida. Promesa de libertad absoluta en un más allá del punto de convergencia de torcimiento, que, sin embargo, carece de ese más allá. Es un cono cerrado, no un diábolo. Aplastamiento en la nada de esa convergencia, en las estrechuras negras del no ser lo que hubiéramos podido ser, lo que toda nuestra naturaleza empujaba a ser por la suave suasión que desde el punto Ω , punto único de diábolo, estiraba de nosotros hasta llevarnos por puro enamoramiento de bien y de belleza a su ser, mejor, hacia su ser en completud que nos dona el ser en plenitud. Los otros puntos de convergencia, en cambio, son puntos de desfallecimiento y de muerte. Desfallecimiento y muerte del ser en

plenitud, para quedar encerrado en el negro y frío no ser. No ser aquello que hubiéramos podidos ser. Aquello a lo que, en libertad, estábamos destinados.

¿Podemos escrutar con la belleza lo que estoy diciendo? El amejoramiento, la convergencia hacia el punto atractor, ¿nada tendría que ver con ella?

Nos fijaremos en tres cosas. Lo que llamo nuestra naturaleza, las líneas de universo que convergen hacia el punto atractor Ω y el ser en plenitud. Sorprende la cuidadosa perfección de nuestra naturaleza, construida desde la imposible-posibilidad: la conmovedora complejidad de la conjunción de carnes con su exactitud meridiana, que jamás deja de ser una perseverancia húmeda, nunca meramente lógica; el juego de la retroducción que en círculo gigantesco nos hace seres hablantes con pasmoso espesor de memoria e imaginación creativa llegando a nosotros desde lo que parecería puro futuro, mero futurible, cuando es, desde allá, realidad carnal para nosotros. Realidad con espesor de logos. Llama la atención cómo vamos construyendo nuestra vida, diseñándola mediante esas líneas que llamo de universo, pues envuelven todo lo que somos en nuestra carne, mejor lo que vamos siendo y lo que hemos de ser, desde que comenzamos a ser, avistando ya lo que seremos, y tocan lo que nos circunvala. Líneas que no se desparraman en el agua del desierto rojo de nuestra vida casual e improductiva, sino que van convergiendo hacia un punto de más-allá, el punto Ω . Con espesor de convergencia circunvalada. Nos deja en los puros pasmos nuestro ser en plenitud que alcanzaremos en la convergencia del punto atractor Ω , pero que configura lo que somos desde el mismo momento en que comenzamos a ser —persona, persona individual y distinta a toda otra persona, aunque ligada en íntima solidaridad con todas las demás personas—, proporcionándonos la urdimbre segura de nuestro ser. Espesor asombroso de lo que somos, desde nuestro ir siendo hasta nuestro ser en plenitud.

La palabra espesor es esencial. Aún en el caso de que todo pudiera decirse en la superficie banal de lo aprendido en fotocopia recitativa, el espesor de belleza añade dimensiones esenciales. Sin su profundidad caliente, no hay ser; no somos ser, mas repetición aprendida.

El conjunto de los tres apuntes que acabo de fraguar, culminando y sintetizándose en nuestro ser en plenitud, expresa lo que somos. La complejidad inaudita de lo que somos. Complejidad unitaria, sin embargo, pues no somos haces dispersos de deshilvanadas líneas de universos, de puros juegos sanguinolentos, sino seres conjuntados. Con asombrosa facilidad de desquiciamiento, es verdad. Pero también nosotros ligados en conjunción unitaria por vínculo substancial. No seres dispersos. Nuestra vida tiene la belleza del conjuntamiento unitario; por más que seamos tan capaces de descerrajarlo todo dejándonos embobar hacia otros puntos atractores que, con un argüir de llamada libertad, violan la belleza de lo que somos en su complejo conjuntamiento.

Expresamos lo que somos. Pura belleza de que pueda ser así. Pura belleza de que sea así. Seres circunvalados por el círculo de tantas solidaridades, entre las cuales, como principal, está el punto Ω circunvalante. Pura belleza de ser lo que somos. Pura belleza del círculo del entretejimiento solidario. Pura belleza del camino de convergencia. Pura belleza de las tríadas que, en el ir siendo, acomodan nuestro ser. Pura belleza del juego retroductivo. Pura, purísima belleza del punto Ω .

Así, vivimos desde el mismo comienzo de ser lo que somos, persona, inmersos en una belleza fundante. Belleza de la urdimbre de lo que somos. Belleza del lugar que estira de nosotros donándonos nuestro ser en plenitud. Belleza del discurrir de nuestra vida. Conmovidos por la belleza. Nuestro destino es la belleza. Espesor de la belleza en nuestra vida, mejor, en lo que somos. Sin el esplendor de la belleza, no somos. Si se nos oculta, comenzamos a no ser.

El sentimiento tiene que ver con el amejoramiento y el apeoramiento, con el bien y el mal, por tanto. Tiene que ver de manera extraordinaria con el espesor cálido de la belleza. Es la esencia misma de nuestro ser carne. Carne siempre llena de humedades. Nunca de sequedades. Aunque muchas veces atravesemos desiertos irresistibles y llenos de paradojas. El sentimiento es aquello que hace que seamos. Mezcla sanguinolenta de lo que somos. Razón, deseo, imaginación, todo ello estratificado en el sentimiento. La carne enmemoriada es la fuente del sentimiento. En ella encontramos lo que hemos sido, siendo lo que somos; lo que vamos a ser. Carne sentiente. Inteligencia sentiente, decía Zubiri con razón regocijada. Deseo sentiente. Imaginación sentiente. Puro sentimiento, sin dejar en ningún momento de ser también y a la vez, en extremado arrebujo, razón, deseo e imaginación. Razón sentiente. Nada tenemos de un gran cerebro inmerso en una piscina de formol y con hilos por los que bullen estímulos y reacciones para menear musculines. Esa es una humedad secante. La nuestra es humedad de carne. De amores, de cariños, de ternuras. Pero también de odios, de murmuraciones, de puñaladas, de violaciones.

Y la sentimentalidad, ¿qué es eso que rechazo con tanta energía? Lo rosáceo, lo mentiroso, lo engañoso, lo que nos arrastra hacia los que nos mandan. Lo que quiere abrirnos las faltriqueras y comprarnos cuerpos y almas. Lo que, cuando somos puros cerebrines materiales, y todo nos va empujando hacia ello, debemos reservar para el retrete de nuestro corazón, que se llena de cánticos aleluyosos. Lo que vemos de continuo, bueno, quien los vea, esos horribles programas berreantes de puro encuentro de emociones lloriconas y provocadas por el sobre de los dineros. Lo que te llena de gaseosidades, cuando no de ventosidades, para que no sepas ni quién eres tú ni quien soy yo ni quien es nadie. Porque para los que nos empujan a las sentimentalidades es decisivo que nos dejemos hacer y nos abramos de faltriquera. Y ese en nada es ámbito de la belleza.

Me parece decisivo no engañarse en esta distinción esencial. Confundir sentimiento con sentimentalidades endurece la razón y la hace razón de cerebrín, pero no razón de carne que aspira a ser en plenitud. Y no vale la separación en ámbitos. Ni siquiera la razón que utilizamos en la ciencia es razón seca, sino húmeda. Nada de lo que hacemos no viene dado en el sopesamiento. Sopesamiento de humores, de pensamientos, de intenciones, de malquerencias y de alegrías. Insisto, ni siquiera la ciencia se hace fuera de este movimiento de razón sentiente. No verlo es dejarse llevar. Y, para colmo, cerrar el corazón al grito de lo que es. Es dejarse llevar por el encerramiento en el poder de los que nos mandan, bajarse los pantalones ante ellos. Razón húmeda es la nuestra, siempre; nunca otra. Sólo ahí cabe la belleza.

Suasión de muerte; esta sí. Las realidades de aquella libertad como acto de inmisericorde voluntad de cada instante de nuestra vida, resulta que, al final, nos dejan exhaustos, rendidos ante la muerte, alejados para siempre de toda belleza. Nuestra muerte, la de cada uno, la de todos, sería, así, el único y definitivo punto atractor. Punto de atracción universal; este sí. Pero el camino que hacia ella nos lleva de modo inexorable sería camino de fatal apeoramiento. Todos los ríos llevarían al océano de la muerte. En definitiva, a disolvemos en el puro no ser. Y eso es todo. Ser-para-la-muerte. Seres-para-la-muerte. ¿Tal es nuestra naturaleza?, ¿cómo podría ser si hemos sido creados para la belleza? Si lo aceptáramos, se acabaría el problema, pero habríamos dado como cosa real, en definitiva nuestra única realidad, un punto atractor fuera de nosotros, cuya suasión manda lo que somos. Nosotros, que no queríamos suasión de estiramiento que viniera de nada fuera de nosotros mismos, porque sería limitar nuestro libérrimo acto de libertad voluntaria que en cada momento poseemos como nuestra verdadera realidad. Al decir hace un momento nuestra única realidad, queda claro que todo lo que pudiera parecer construcción de realidades, se constriñe, al final, en una única realidad, la verdadera realidad, una realidad-de-muerte, mejor aún, realidad-para-la-muerte. Ella sería nuestro punto atractor efectivo, real, constriñente, suasorio de obligación, pues nos quitaría, finalmente, toda libertad. Todo lo demás, aventuras y desventuras de nuestro pequeño e insignificante vuelo de mosca en desatinado zigzag.

¿Qué pasa, entonces, con toda una antropología, que nos ha salido embrujada en una metafísica, como la que hemos desarrollado en una filosofía de la carne, que desemboca siempre en la felicidad de la belleza? Nada, de nada se trataría. Incoherencias. Vahídos alocados de un momento. Estertores de muerte. Imaginaciones de una virtualidad falsa que nada tiene que ver con nosotros, pues en definitiva nuestro ser es muerte, ser-para-la-muerte. ¿Qué pasa con nuestra carne enmemoriada, con aquella que llamábamos maranatizada, con esta que, en la retroducción, se convertía en hablante? Nada, todo ilusión de un momento, que no da ningún juego, pues rotunda imaginación falseadora

de lo que en realidad somos. ¿Deseo? Sí, de caer en la muerte. ¿Imaginación? Sí, de entierro. ¿Razón? Sí, parcialidad que espera el puro festín de los gusanos. ¿Punto de llegada? Sí, claro, el aniquilamiento en el ser-para-la-nada. Ni siquiera un breve aleteo, pues nadie estará ahí para recordarlo, para hacer memoria de él. Quien crea hacer memoria, simplemente, estará él también a la espera de su propio olvido. Como la memoria no se maranatiza, no hay rasgo, no hay marca, ni siquiera huella digital. Nada queda. Todo pasa, Porque nada es.

¿Son así las cosas? ¿Pueden ser así? ¿Acontecerá que nuestro único fundamento de realidad es la desaparición en la calentura fría de las galaxias? ¿Quién gritara extasiado en su asombro: qué belleza? Todo, sueño de la vida breve. Miramos lo que hemos de ser y ya no somos nada. Porque nuestra mirada, suceda lo que quiera con ella, es siempre retroductiva de más allá. Pero, ahora, nuestro más allá es la mera muerte. Muerte de desolación. Muerte, en definitiva, de meros qués, pues ningún quién nos atrae y ningún quién nos sobrevivirá. ¿Enamoramiento de un quién? Sí, pero mera vanidad de un instante, sin continuación, sin futuro, como no sea la acequia de la muerte. Por eso nuestro ser tendrá ya desde ahora la aridez y el rigor de lo muerto, de lo frío, de lo que comienza ya desde ahora a descomponerse en materia sin calentura, sin humedad. Porque nuestro destino sería así la sequedad brusca de la muerte, de lo muerto, de lo sin ser. ¿Quién es, nos preguntarán al llamar? Soy yo, será nuestra respuesta, el muerto viviente. El viviente que ya está muerto.

¿Es ese nuestro destino?

Predisposiciones y naturaleza. Debemos continuar este cavilar rumboso sobre la libertad, tan entrañado en el amejoramiento y la belleza.

Hace años, en mi lectura bastante continuada de Karl Popper, con el que tanto me ligaba el interés por la ciencia, sobre todo física, recuerdo, hablando de probabilidad, que empleaba una palabra sorprendente: las piernas tienen tendencia a romperse, es decir, tienen la predisposición de romperse. La cuestión de la probabilidad es intentar numerar de manera racional esa predisposición entre la probabilidad 0, imposibilidad de la ruptura, y la probabilidad 1, su seguridad. Me llamó la atención sobremanera. De ahí salen las mías: tenemos predisposiciones a ser libres. La estructura de la materia que nos constituye, lo que nos hace hombres, el *adn* y tantas ordenaciones biológicas que configuran lo que somos de principio y que llevamos con nosotros durante todo el tiempo que somos, nos predisponen a tener grados de libertad que ningún animal ni galaxia poseen. Nosotros estamos abiertos a ir haciendo cosa nuestra grados de libertad que se entretejen de asombrosa manera. De este modo, lo que aparecería como puros constreñimientos, constricciones que nos apretujan, son para nosotros predisposiciones para nuestros actos de libertad; actos de libertad que desembocan en el ámbito real de la belleza.

Ningún otro animal o galaxia contienen en su estructura material esas predisposiciones. Nosotros, sí. Es verdad que este o el otro individuo de los nuestros, persona, por tanto, como nosotros, puede cegarse en esta o la otra predisposición, con malformaciones terribles o enfermedades ásperas, de manera que en él ni se haga ni se pueda hacer verdadera realidad esa expansión tan sorprendente como maravillosa de nuestros grados de libertad. Pero a quien le acontece esto lo tenemos siempre como uno de los nuestros, aunque viéndole se nos parta el alma, persona como nosotros somos persona. Seres deficitarios, pero a los que nosotros, con nuestro cuidado de ternura infinita, les ofrecemos ser personas como nosotros, nuestros iguales. También ellos, aunque sólo fuere de este modo, en pura donación de lo que podríamos pensar que no hay, reciben su ser en plenitud.

El conjunto de nuestras predisposiciones, la conjunción empastada de nuestras predisposiciones, constituye nuestra naturaleza. Y nuestra predisposición más nítida es ser de amorosidad —amorosidad de la belleza. Ningún otro animal ni galaxia tiene esa conjunción empastadora. Tampoco le cabría. Por la misma estructura de su adentrarse en el ser, nuestras predisposiciones no son cosa suya. No pueden ser cosa suya. No les alcanzaría en su ser. Por ejemplo, les faltará el curvamiento sobre sí mismos que es cosa tan esencial en lo que somos. Tenemos predisposición a ese curvamiento. Predisposición a constituir en nuestras interioridades un punto central al que todo se allega y del que todo lo nuestro dimana. Ningún animal ni galaxia dispone de esa predisposición de nuestras estructuras materiales, nuestro *adn*, nuestra biología, la disposición de nuestras manos prensiles, y tantas otras cosas. ¿Quién nos las ofrece? Nuestra naturaleza. Nótese que esta noción nunca puede significar nuestros pensamientos sobre lo que somos —mucho menos habla, sin más y de primeras, de mejoramientos y apeoramientos éticos—, sino la experiencia de lo que somos. No somos animales idénticos sin más a los otros animales ni somos como las galaxias. Tenemos algo singular, ligado, claro es, a todos los demás seres materiales: predisposición a ser según nuestra naturaleza. Y nuestra naturaleza se abre a la belleza.

Esta mañana, en clase, hablábamos de la belleza de la materia; es a lo que ahora damos vueltas en difícil rumiar. Al terminar he hecho ver que, para considerar la belleza, debemos tener en cuenta tres polos: el obrador, la obra de arte y el veedor. No puede faltar la obra de arte, el constructo de realidades que el artista-obrador ha obrado. Sin ella no puede hacerse ninguna consideración de belleza, pues no se da su materia. Y la obra de arte es constructo material. ¿Para quién ha sido hecha? Para el sí mismo del artista, para el guitarrista y para la luna: lo sabemos bien. Para el veedor. Es obvio que el artista la ha hecho porque en ello le va la vida —quizá, horror, los dineros de su faltriquera. Sin veedor, no hay obra de arte. Por eso, en última instancia, sin veedor no hay belleza. Fíjate, utilizo una expresión engelsiana —sí, de Engels— de la

que no pocas veces me he mofado un tanto. Pero a estas consideraciones mías, una de las alumnas me incita plantándome sus dificultades. Si toda obra de arte es creada para un veedor, ¿dónde nos cabe aquí la gratuidad?, ¿qué pasa, me dice Patricia Pérez, con la cantidad de florecillas pequeñas que están en los campos de Castilla, muchas de las cuales nunca nadie las ha visto ni las verá jamás? ¿Dejan de ser obra creadora?, ¿dejan por eso de ser bellas? La obra de arte, añadía yo en clase, está fuera de mí, completaba yo por mis muchos pecados. ¡Ciertamente!, pero has dicho que incluso la obra de Dios, el mundo, está fuera de él. Entonces, ¿por qué dice san Pablo que en él somos, nos movemos y existimos? Si somos en él, no estamos fuera de él.

Por ahora me voy a fijar sólo en la primera pregunta, más filosófica, dejando la segunda para algunas calendas advinientes, si quieren llegar.

¿Toda obra de arte es creada-para un veedor? Creo que el guión da una obligatoriedad con la que no estaría de acuerdo. El obrador-artista obra en pura necesidad de atosigarse por los sentimientos de su vida. En el constructo de realidades materiales expresa su ser, sus sentimientos, su visión del mundo y de los demás, quizá de Dios. Pero queda ahí, arrojada en lo mundanal; obra material que cualquiera puede contemplar. Pues bien, mientras el veedor no se haga con ella y en ella exclame con desgarrador grito de asombro que en la obra —obra de arte ya por su mirada — encuentra expresado lo que él viene siendo, mejor, lo que él va a ser, con voluntad decidida de serlo en los más allá de su mismo ser, algo esencial falta. Pues el polo de la recepción expresiva cierra el círculo de la belleza. ¿Os imagináis a un Dios creador que crea el mundo en todo el esplendor de su obra, obra de arte, obra material de creación ordenada y de sublime belleza, que él en sus cuchicheos consigo mismo encuentra obra de perfecta belleza, pero que no tiene junto a sí, mejor, frente a sí a un ser que en su libertad, pasmado ante ella, grita: qué belleza?

La predisposición puede valernos también acá. El artista produce su obra, dejándola allá, fuera de sí, como obra artística: conjunción específica de materialidades reunidas en unidad —esta tela, este marco, estos pigmentos, estas pinceladas, estas relaciones con otras obras de arte, estas intencionalidades, etc. Ahora bien, tal unidad material de mecanicidad tan específica tiene la predisposición de ser mostrada al veedor; de que este pueda hacerla suya con los ojos y sus pálpitos. ¿Las florecillas de los campos de Castilla?, puede que, conjunción específica de materia, también hayan sido obradas de manera que tengan la predisposición de que al ser vistas por ojos y pálpitos provoquen la admiración del veedor. Mas, de ser así, debería pasarse por una intencionalidad: del azar, que las produjo, o de Dios, que las creó. Pero en una primera mirada la obra de arte es producción nuestra, de la conjunción de carne que somos cada uno de nosotros y que, también, a su manera, es nuestra sociedad. ¿Recordáis?, la torrentera de ruidos de las cataratas del Niágara no son música, aunque puedan extasiarnos en su

sonido. En este caso, cuando no hay voluntad explícita de producción de una obra de arte, sino que se trata de una de las realidades naturales del mundo, para considerar su belleza, debemos pasar más claramente por el veedor, que es quien las interpreta como obras de belleza, aunque, a la vez, quede más explícito que se trata de algo que contiene cabe sí eso que llamamos belleza, como las florecillas, que son tan bellas aunque nadie las vea nunca en el corto espacio de su vida.

Ciertas cosas, ciertas conjunciones de cosas, ciertas unidades de materialidades reunidas de una manera concreta, y no de otra, tienen predisposición a despertar en nosotros, en la mirada del veedor, la admiración de la belleza. Es decisivo su conjuntamiento. No es lo mismo ver en los campos de Castilla una boñiga, con sus olores y sus moscas azules, que una flor, con su ropaje de colores olorosos. De un punto de vista factual ambas son continentes de belleza; pero, también aquí, unas más que otras.

Es esencial, pues, el conjuntamiento. La predisposición tiene que ver con el conjuntamiento, y este se da para una mirada; además, no hay belleza sin conjuntamiento. Las unidades materiales conjuntadas lo son para un veedor. Desde un cierto punto de vista podemos decir que todo, todo lo que tiene realidad de existencia, es bello. Pero eso es una extrapolación al conjunto de lo que, de verdad, decimos sólo de ciertos conjuntamientos. Susceptibles, por supuesto, de educación. Los campos de Castilla son bellísimos, pero quizá uno haya tenido que leer las poesías de Antonio Machado para caer en cuenta de ello, para hacerse con lo que antes sólo era pura predisposición. Debe haber una realización de ella, una obración que viene de la mano del veedor. Es verdad que la obra de arte producida por el artista —si quieres, la creación de Dios— tiene ínsita esa predisposición a ser cosa bella para quien la mira, pero mientras no es mirada por el veedor, extasiado en su contemplación, falta algo decisivo. Se trataría de una predisposición que no llega a ser realizada en verdad, como cosa verdadera que la conjunción unitaria de materialidades encierra cabe sí, más allá de las puras materialidades que la constituyen —al principio las mencioné en su detalle—; la obra de arte es más que la suma de sus materialidades constitutivas. En el artista que la concibió, pues expresa lo que este quiere y lo que este es. En la obra de arte, que recoge en su materia lo que es ya más que materia. En el veedor, que la contempla.

Temas que todavía deberían tratarse más y mejor: la libertad, el mal, la experiencia, el alma, la nada, el espesor, los sentimientos, las predisposiciones, la naturaleza, el mejoramiento, el diálogo fe-razón, la sacramentalidad, la creación, y varios más que no soy capaz de leer en la lista que me he garrapateado. Todo esto envuelto, siempre, en la cuestión de la belleza de la obra de arte, por más que cosa estrictamente material. Esto entre lo que a todas luces me resta, pues la cuestión de la historia y del canon ha sido bien servida. Aunque no ultimada, claro.

Lo más seguido y cuidado es el hilo de la libertad. La cuestión me viene estando ahora en ver cómo, desde el comienzo de lo que es el mundo en el acto mismo de la creación, en la dinámica evolutiva de la materia con sus cuatro internalidades se va abriendo lugar para la creatividad; por ejemplo, por pequeños cambios en lo que se llaman las condiciones iniciales. Lo decisivo está en que al llegar a un punto bifurcativo de la fluxión evolutiva no es posible prever el camino que va a ser tomado. Si hubiere esa previsión adelantada significaría esto: lo que acontece está predeterminado. Mas acabo de poner una frase sin sujeto. ¿Quién no es capaz de hacer esa previsión? Nosotros. Ninguno de nosotros, ni hasta el momento ni en lo que prevemos del futuro. ¿Dios? Mi razón no alcanza para tanto. Lo he dicho muchas veces, yo al menos no soy vicediós, y no tengo gana de dar por bueno al primero que me diga que él, o los suyos, sí lo son. Ahí hay trampa evidente y de toda certeza. Sin embargo, está claro que la fluxión evolutiva no discurre por caminos de irracionalidad. Hay en ella ansia de ser moldeada por el logos. Si no fuera así, no podríamos encontrar respuestas teñidas de racionalidad a preguntas racionales; las que nosotros planteamos al mundo y sus cosas.

Para adentrarnos, pues, en el hablar de la libertad, de nuestra libertad, no podemos descartar ese ámbito de pre-libertad que se le abre a la naturaleza en la fluxión evolutiva de la dinamicidad de la materia. ¿Cómo? Es interesante aquello que pensaban los materialistas antiguos, a lo que llamaron el *klinamen*. En un de pronto, en el caer y caer de todos los átomos como manta de agua en la que cada gota sigue a la anterior, siempre en trayectorias en línea recta que no se tocan, uno de los átomos tiene un pequeño desvío, simplemente infinitesimal, y se provoca un enorme rebullicio de infinitos entrechocamientos.

Todo ello nos hace ver la increíble belleza de la creación.

[martes 11 de febrero de 2009]